11. - El movimiento obrero y el Socialismo

Los socialistas no han reconocido desde el primer momento el papel que el proletariado luchador está llamado a desempeñar en el movimiento socialista. No pudieron hacerlo en tanto que no hubo un proletariado en lucha. El Socialismo es, sin embargo, más antiguo que la lucha de clases del proletariado. Es tan antiguo como la aparición del proletariado, en cuanto fenómeno de masas. Pero éste ha existido mucho tiempo sin una manifestación de vida independiente. La primera y entonces única raíz del Socialismo era la compasión que sentían los filántropos de las clases superiores respecto de los pobres y miserables. Los socialistas eran los más atrevidos y videntes de estos filántropos, aquellos que con más claridad reconocían las raíces del proletariado en la propiedad privada de los medios de producción y no se asustaban de extraer las consecuencias extremas de este reconocimiento. El Socialismo era la expresión más caracterizada, escudriñadora y magna de la filantropía burguesa. No había ningún interés de clase que pudiera llevar a los socialistas de entonces hacia la lucha por sus fines; podían dirigirse sólo al entusiasmo y a la compenetración de los idealistas en las clases superiores; intentaban ganar a éstos mediante seductoras descripciones, por un lado, y mediante impresionantes cuadros de la miseria reinante, por otro. No con la lucha, sino con pacíficas predicaciones debían ser inclinados los ricos y poderosos a suministrar los medios para mitigar fundamentalmente la miseria y establecer la sociedad ideal. Los socialistas de ese período han esperado inútilmente, como es notorio, de millonarios y príncipes que su magnanimidad redimiese a la Humanidad.

En los primeros decenios de nuestro siglo comenzó el proletariado a dar señales de vida independiente. En los

años treinta encontramos ya en Francia, y sobre todo en Inglaterra, un fuerte movimiento obrero.

Pero los socialistas se mantenían incomprensivos frente a él. No creían posible que los pobres, indoctos, rudos proletarios, pudieran alcanzar aquella elevación moral y poder social que son exigibles para la ejecución de las aspiraciones socialistas. Pero no fué sólo desconfianza lo que sintieron frente al movimiento obrero. Les fué también incómodo, por la razón de que amenazaba robarles un argumento de efecto. Pues los socialistas burgueses sólo podían esperar que los burgueses sensibles se dieran cuenta de la necesidad del Socialismo cuando tuvieran la demostración de que éste era el único medio de pilotear en algún modo la miseria, de que todo intento de mitigación de la miseria, de elevación de los desheredados en la sociedad moderna era vano, y que los proletarios no podrían elevarse por su propio esfuerzo. El movimiento obrero partía de supuestos que contradecían esta ideología. Todavía hay que añadir otro factor. La lucha de clases entre proletariado y burguesía enconó, naturalmente, a la última contra los proletarios. Estos se transformaron a los ojos de la burguesía, de lastimosos desgraciados necesitados de ayuda, en lacayos réprobos, que era preciso derrotar y mantener hundidos. La raíz capital del Socialismo en los círculos burgueses, la compasión a los pobres y míseros, comenzó a secarse. Las mismas doctrinas socialistas dejaron de parecer a la asustada burguesía un juguete inocuo, para cambiarse en un arma sumamente peligrosa que había caído en manos de la multitud y que podía traer por eso indecibles desastres. En una palabra, que cuanto más fuerte surgió el movimiento obrero, tanto más difícil se hizo la propaganda socialista en las clases dominantes y tanto más adversas al Socialismo se mostraron éstas.

En tanto que los socialistas estuvieron en la idea de que sólo desde las clases superiores podían llegarles los medios para el logro de los fines socialistas, hubieron de colocarse frente al movimiento obrero no sólo en actitud

de desconfianza, sino que incluso llegaron con frecuencia a colocarse en decidida enemistad, inclinándose a la idea de que nada perjudicaba tanto al Socialismo como la lucha de clases.

La actitud esquiva de los socialistas burgueses frente al movimiento obrero no quedó tampoco sin influir en la posición de los obreros frente al Socialismo. Cuando la parte del proletariado que se esforzaba no encontraba en sus luchas ningún apoyo en estos socialistas, antes al contrario, resistencia; cuando sus teorías amenazaban desanimarles en vez de encerderles, debieron de abrigar fácilmente desconfianza y desvió hacia la totalidad de las doctrinas socialistas, y no sólo ante su aplicación en las luchas del presente en el proletariado. Esto fué favorecido por la incultura y falta de ideología que dominaban en las masas, incluso del proletariado luchador, al comienzo del movimiento obrero. La estrechez de su campo visual les dificultaba la comprensión de la meta final del Socialismo y todavía les faltaba una conciencia clara y penetrante de la posición social y de la misión de su clase; sentían sólo un sordo instinto de clase que les enseñaba a guardar una actitud de desconfianza frente a todo lo que viniera de la burguesía, lo mismo frente al Socialismo de la época que frente a la filantropía burguesa.

En algunas capas de trabajadores, sobre todo en Inglaterra, esa desconfianza hacia el Socialismo ha echado hondas raíces. A sus efectos tardíos — entre otras muchas causas — hay que atribuir en parte el hecho de que Inglaterra haya sido tan inaccesible hasta hace dos decenios a los esfuerzos socialistas, aun cuando el nuevo Socialismo haya adoptado respecto del movimiento obrero una actitud completamente distinta a la de los utopistas burgueses.

Sin embargo de ser tan grande en tiempos el abismo entre el proletariado luchador y el Socialismo, éste se correspondía tanto con las necesidades del proletario más reflexivo, que incluso allí donde las masas eran adversas al Socialismo, las mejores cabezas de la clase trabajadora

se inclinaban a él, tan pronto como tenían ocasión de entrar en conocimiento de sus doctrinas. Con esto experimentaron las concepciones de los socialistas burgueses una importante modificación. No tenían que guardar consideraciones, como éstos, a la burguesía que odiaban y combatían con saña; el Socialismo pacífico de los utopistas burgueses, que querían traer la redención de la Humanidad mediante la intervención de los mejores elementos de las clases superiores, se cambió entre los socialistas en un socialismo violento, revolucionario, cuya realización estaba encomendada a los puños proletarios.

Pero tampoco este socialismo obrero primitivo tenía comprensión para el movimiento obrero. También se mantenía adverso a la lucha de clases — al menos en su forma suprema, la política —. Naturalmente, por otras razones que los utopistas burgueses. Científicamente les era imposible sobrepasarles. El proletario puede apropiarse en el mejor caso una parte del saber que cultivan los científicos burgueses y elaborarlo de modo correspondiente a sus fines y necesidades; pero le falta — en tanto sigue siendo proletario — la inspiración y los medios para impulsar la ciencia independientemente más allá del límite alcanzado por los pensadores burgueses. Además, el socialismo obrero primitivo tenía que llevar todas las características esenciales del utopismo: no tenía idea del proceso económico que crea los elementos materiales de la producción socialista y que mediante la lucha de clases agranda y hace madurar aquella clase que está llamada a apoderarse de esos elementos y a sacar de ellos la nueva sociedad. Estos proletarios creían también, como los utopistas burgueses, que una forma social era un edificio que puede ser construído arbitrariamente según unos planos fijados de antemano, con sólo tener los medios y el lugar para ello. Ya se creían en posesión de la fuerza para proceder a la edificación los utopistas proletarios, tan esforzados y atrevidos como ingenuos; sólo era cuestión de obtener el lugar necesario y los medios necesarios para ello. Naturalmente, no esperaban

que ningún millonario, ni ningún príncipe los pusiera a su disposición; la revolución debía suministrar todo lo necesario, debía derribar el viejo edificio, destruir los viejos poderes y dar la dictadura al inventor o al pequeño grupo de inventores del nuevo plano de obras, habilitando al nuevo Mesías para que erigiese el edificio de la sociedad socialista.

En esta ideología la lucha de clases no hallaba puesto. Los utopistas proletarios encontraban demasiado amarga la miseria en que vivían para no desear, impacientes, su inmediata supresión. Incluso si hubieran tenido por cosa posible que la lucha de clases elevara poco a poco el proletariado y capacitara a la sociedad para su ulterior desarrollo, les hubiera parecido este procedimiento demasiado circunspecto. Pero no creían en esa elevación. Se hallaban en los comienzos del movimiento obrero, las capas de proletarios que en él participaban eran reducidas, y entre estos pocos proletarios luchadores se encontraban sólo personas aisladas que tuvieran ante los ojos algo más que la defensa de sus intereses de momento. Parecía imposible educar en el pensamiento socialista a la gran masa de la población. Lo único que podría dar esta masa era un empuje de desesperación en el que aniquilara lo existente y dejara libre el camino a los socialistas. Cuanto peor estuvieran las masas, tanto más próximo estaría — eso creían los primitivos obreros socialistas — el momento en que su situación fuera tan insoportable que hicieran saltar la superestructura social que las oprimía. Una lucha para la elevación gradual de la clase trabajadora era, según la manera de ver de estos socialistas, no sólo indigna de consideración, sino decididamente perjudicial, porque la más mínima mejora que pudiera alcanzar de modo pasajero haría más soportable lo existente a las masas, retrasando el momento de su sublevación y de la destrucción de lo existente; es decir, el momento de la fundamental supresión de la miseria. Cualquier forma de la lucha de clases que no lleve a la destrucción plena e inmediata de lo existente, esto es,

cualquier forma seria y eficaz de ella, significaba nada menos que una traición a la Humanidad.

Hace más de medio siglo que apareció en la clase trabajadora esta ideología, que recibió su más genial expresión de Weitling. Todavía hoy no ha desaparecido. La inclinación hacia ella se muestra en toda capa de proletarios que se dispone a ingresar en las filas del proletariado luchador; se muestra en todo país cuyo proletariado comienza a adquirir conciencia de su situación indigna e insoportable, y a llenarse de tendencias socialistas sin poseer todavía clara inteligencia de las relaciones sociales y sin confiar en la fuerza para una persistente lucha de clases; y como cada vez salen nuevas capas de proletarios del fango a que les ha empujado el proceso económico, y como cada vez caen nuevos países en la producción capitalista y en la proletarización, puede resurgir siempre esta ideología de los primitivos socialistas utopistas obreros. Es una enfermedad de infancia, que amenaza a todo movimiento proletario-socialista joven.

Hoy en día se designan esta clase de concepciones socialistas como anarquismo; pero no es necesario que vayan ligadas con él. Como no resultan de una visión clara, sino de una rebelión instintiva contra lo existente, es conciliable con los más diversos puntos de vista teoréticos. Pero, sin embargo, se emparejan muy bien en la época moderna el rudo y poderoso socialismo del proletario primitivo y el anarquismo, con frecuencia muy sensitivo, delicado y pacífico, del pequeño burgués refinado, coincidiendo en una cosa los elementos más diferentes: en el desvío, mejor odio, contra la persistente lucha de clases, en especial contra su forma más elevada, la lucha política.

Ni el socialismo burgués ni tampoco el socialismo proletario utópico pueden superar al contraste entre Socialismo y movimiento obrero. Si bien a veces se ven forzados por las circunstancias los utopistas proletarios a tomar parte en la lucha de clases, esta participación no lleva, a causa de su falta de actitud teórica, a una unión de Socialismo

y movimiento obrero, sino a un desplazamiento del primero por el segundo. Es sabido que el movimiento anarquista — tomando aquí la palabra en el sentido de ese utopismo proletario — en todas partes donde ha llegado a convertirse en un movimiento de masas, en una verdadera lucha de clases, termina siempre, más tarde o más temprano, a pesar de su aparente radicalismo, en un puro sindicalismo gremial.

12. - La Socialdemocracia, unión de movimiento obrero y Socialismo

Si habían de reconciliarse el movimiento socialista y el movimiento obrero y fundirse en un movimiento unitario, necesitaba el Socialismo levantarse sobre la ideología del utopismo. Haber ejecutado esto es el acto de transcendencia histórica realizado por Marx y Engels, quienes pusieron en su *Manifiesto comunista* de 1847 los fundamentos científicos del nuevo, moderno socialismo, o como hoy se dice, de la Socialdemocracia. Dieron con ello al Socialismo una columna vertebral, hicieron de lo que hasta entonces había sido un bello sueño de algunos ilusos bien intencionados, un serio objeto de lucha, mostrándolo como la consecuencia forzosa del proceso económico. Prestaron al proletariado luchador una clara conciencia de su misión histórica, poniéndole en situación de apresurarse con la mayor rapidez y con el menor número de sacrificios posibles hacia su gran meta. Los socialistas ya no tienen la misión de hallar libremente la nueva sociedad, sino de descubrir los elementos de ella en la sociedad existente. Ya no tienen que traer de arriba al proletariado la redención de su miseria, sino que tienen que apoyarle en su lucha de clases por medio del aumento de su perspicacia y fomento de sus organizaciones económicas y políticas, procurándole así con más rapidez y menos dolor la madurez del momento en que se encuentre en situación de redimirse a sí

mismo. Dar en lo posible conciencia de su fin y adecuación a la lucha de clases del proletariado: ésta es la misión de la Socialdemocracia.

Una mayor discriminación de la ideología contenida en la doctrina de Marx y Engels no es necesaria, pues todo el presente libro se basa en ella, no es otra cosa que su exposición y análisis.

La lucha de clases del proletariado recibe por medio de esta doctrina un nuevo carácter. En tanto que no ha adoptado como fin consciente la producción socialista, en tanto que los esfuerzos del proletariado en lucha no han sobrepasado el marco del modo de producción actual, la lucha de clases se mueve en apariencia siempre en círculo, sin apartarse de su situación, la lucha del proletariado por una existencia satisfactoria parece un trabajo de Sísifo. Pues las tendencias depresivas del modo de producción capitalista no son suprimidas por la lucha de clases y sus logros, sino, en el mejor caso, sólo reducidas. La proletarización de las capas medias de la sociedad avanza sin interrupción: incesantemente son lanzados al proletariado harapiento miembros y capas enteras de las clases trabajadoras, incesantemente pone en peligro la furia de ganancia de los capitalistas todos los logros de las capas mejor situadas de los trabajadores. Cada reducción de la jornada, bien sea alcanzada mediante una lucha política o económica, es una incitación hacia la introducción de máquinas que ahorren trabajo, hacia una tensión más fuerte del trabajador: toda mejora de las organizaciones proletarias es contestada con una mejora de las organizaciones capitalistas, etc. Y con esto crece la falta de trabajo, aumentan las crisis en volumen y profundidad, la inseguridad de la existencia se hace cada vez más grande y penosa. La elevación de la clase trabajadora producida por la lucha de clases es menos económica que moral. Las condiciones económicas del proletariado en su totalidad mejoran sólo un poco y despacio a consecuencia de la lucha de clases y de sus conquistas, si es que acaso mejoran. Pero la considera-

ción de sí mismo sube en el proletariado, y también la consideración que le tributan las otras clases de la sociedad; comienza a sentirse de la misma alcurnia que las situadas más alto y a comparar su suerte con la de ellas; comienza a sostener pretensiones mayores para sí, para su domicilio y vestidos, para sus conocimientos, la educación de sus hijos, etc.; exige participación en todas las conquistas de la cultura. Y se hace cada vez más sensible frente a toda postergación y opresión.

Esta elevación moral del proletariado equivale al despertar y continuo crecimiento de su «capacidad de exigencia». Esta crece más rápidamente que puedan aumentar las mejoras de su situación económica compatibles con el actual modo de explotación. Todas estas mejoras, de las que unos esperan y otros temen que satisfagan a los trabajadores, tienen que ser dejadas atrás por las pretensiones de los trabajadores, consecuencia natural de su elevación moral. La consecuencia de la lucha de clases sólo puede ser, por eso, un continuo incremento de la insatisfacción del proletariado con su suerte. Una insatisfacción que naturalmente se siente con más fuerza allí donde la elevación económica del proletariado se ha quedado muy atrás en relación con su elevación moral; pero cuyo aumento no puede ser impedido permanentemente, de ningún modo. Y de esta manera aparece por fin la lucha de clases como carente de finalidad e infructuosa, si no se esfuerza por ir más allá del sistema de producción existente. Cuanto más eleva al proletario, tanto más lejos se ve éste del fin de su esfuerzo, de una existencia satisfactoria correspondiente a sus concepciones de la dignidad humana.

Sólo la producción socialista puede poner fin a la desproporción entre las aspiraciones de los trabajadores y los medios de satisfacerlas, mientras que la explotación y diferencia de clases la mantiene; aquélla aleja los poderosos estímulos hacia la insatisfacción del trabajador con su suerte, que hoy crea el ejemplo del lujo del explotador. Quitado del camino este estímulo, resulta por sí propia la limi-

tación de las aspiraciones de los trabajadores a la medida conciliable con los medios disponibles para la satisfacción de sus necesidades. Ya hemos visto cuánto acrece estos medios la producción socialista.

La insatisfacción que corroe la «capacidad de exigencia» es desconocida en sociedades comunistas. Por el contrario, surge forzosamente del contraste de clases y de la explotación, allí donde los explotados se sienten de la misma alcurnia que los explotadores, o incluso superiores. Cuando una clase explotada ha llegado tan lejos, entonces ya no acalla su capacidad de exigencia, sino cuando ha puesto fin a su explotación.

En tanto que estuvieron en contraposición la lucha de clases del proletariado y el Socialismo, en tanto que éste no se proponía otra cosa que conquistar para el proletariado una posición satisfactoria mediante concesiones dentro del marco de la sociedad actual, era imposible que alcanzara su meta. Daba vueltas a un tornillo sin fin. Otra cosa aconteció desde que el movimiento socialista se fundió con el movimiento obrero: ahora tiene éste una meta a la que se aproxima a ojos vistas, ahora todos los aspectos de esta lucha son significativos, incluso para aquellos para quienes no tiene consecuencias prácticas, inmediatas, con sólo que se interesen por la conciencia y aprecio del proletariado, por su solidaridad y disciplina. Ahora se convierten algunas batallas aparentemente perdidas, en victorias; ahora significan también todos los trechos perdidos, todos los proyectos de ley rehusados que hubieran debido servir los intereses del proletariado, un paso adelante hacia la meta del logro de una existencia digna de seres humanos. De aquí en adelante se ve que todas las medidas económicas y políticas que se tomen en atención al proletariado, que se adopten en su favor, podrán perseguir tendencias adversas o benéficas, podrán acertar o fracasar; pero con todo, solamente contribuirán a sacudirle y elevarle moralmente. De aquí en adelante ya no se asemeja el proletariado luchador a un ejército que no sale del polvo

y que sólo con fatigas y entre grandes pérdidas puede acaso mantener sus posiciones una vez ganadas; ahora será cada vez más claro a todos los ojos que es un conquistador al que no se puede resistir y cuya carrera de victorias no hay nada que pueda detener.

13. - El internacionalismo de la Socialdemocracia

El nuevo socialismo fundado por Marx y Engels ha tenido su origen en Alemania. Sus dos fundadores eran alemanes, alemanes fueron sus primeros discípulos, los primeros escritos de exposición aparecieron en alemán. Esto se explica fácilmente — si bien no fué ella la única causa —, ya que fué en Alemania donde se realizó primero la fusión del movimiento obrero con el Socialismo. En Alemania fué donde tomó raíz primero la Socialdemocracia — entendiéndose aquí por Alemania no el imperio alemán, sino todo el territorio habitado por un gran número de trabajadores de lengua alemana.

Pero la difusión de la Socialdemocracia no ha quedado limitada a Alemania. Los fundadores del moderno socialismo han reconocido desde el comienzo el carácter internacional que el actual movimiento obrero se esfuerza por adquirir en todas partes, y han intentado dar desde el principio a su propaganda un fundamento internacional.

El tráfico internacional está naturalmente ligado al modo de producción capitalista. Su desarrollo desde la simple producción de mercancías depende íntimamente del desarrollo del comercio mundial. Pero éste no es posible sin el tráfico pacífico entre las distintas naciones; exige para su desenvolvimiento que el comerciante extranjero tenga en el país en que comercia la misma protección que en el propio. El comerciante será elevado así, por medio del desarrollo del comercio mundial, a los grados directivos de la sociedad. Su modo de pensar comenzará a influir mucho

en el modo de pensar de la sociedad. Pero el comerciante ha sido siempre un elemento móvil; su norma ha sido desde siempre: *ubi benc, ubi patria*, lo que para mí significa: donde hay ganancia, ahí está mi patria.

Así se desarrolla en la masa entre la cual se extienden el comercio mundial y la producción capitalista las tendencias burguesas, universales en la sociedad burguesa, hacia una paz perpetua entre todas las naciones, hacia una fraternidad de todos los pueblos.

Pero el sistema de produción capitalista da origen a las contradicciones más singulares; así como coexisten en él al mismo tiempo las tendencias hacia el aumento de la igualdad y de la desigualdad, hacia la depresión del proletariado en la más honda miseria y hacia su elevación a clase dominante, hacia la completa libertad del individuo y hacia su completa servidumbre, así también, de la mano con su tendencia hacia la fraternidad de los pueblos, va la tendencia hacia la elevación de las contraposiciones nacionales. El tráfico necesita de la paz; pero la competencia da lugar a la guerra. Existe en cada país un eterno estado de guerra de los distintos capitalistas y de las distintas clases entre sí, e igualmente entre los capitalistas y clases capitalistas de las distintas naciones. Cada nación intenta ensanchar el mercado para sus productos y desplazar de este mercado a las otras. Cuanto más desarrollado esté el tráfico mundial, cuanto más necesaria sea la paz mundial, tanto más dura es la competencia, tanto mayor el peligro de colisiones bélicas entre las distintas naciones. Cuanto más intenso el tráfico internacional, tanto mayor la exigencia de separación entre las naciones. Cuanto más fuerte la necesidad de paz, tanto más amenazador el peligro de guerra: estas locas contradicciones corresponden por completo al carácter del sistema de producción capitalista. Están ya ocultas en el seno de la simple producción de mercancías; pero la producción capitalista las desenvuelve en proposiciones gigantescas e insoportables. El hecho de que eleve las tendencias bélicas en la misma medida en que

hace indispensable la paz, es sólo una de las muchas contradicciones que han de echarla al fondo.

El proletariado no participa de la actitud contradictoria que en este particular resulta para las restantes clases de la actual sociedad. Cuanto más se desarrolla y se convierte en clase independiente, tanto más se extiende a los terrenos más distintos el fenómeno de que sólo una de las dos tendencias contrapuestas del sistema de producción capitalista le afecte, siendo la otra cada vez menos eficaz para él. Así, por ejemplo, el actual sistema de producción da lugar al mismo tiempo a la tendencia hacia la reunión de los productores en grandes Asociaciones para actuar en común, y la de la más enconada lucha de todos — los productores — contra todos. En el proletariado, la segunda tendencia cesa de actuar. En lugar del contraste entre monopolio y competencia que desgasta a la burguesía, encontramos, cada vez más, sólo la primera tendencia actuando en la dirección del robustecimiento y ensanchamiento de la solidaridad proletaria. Una consecuencia natural de esta «unilateralidad» es la tendencia, creciente a ojos vistas, hacia la íntima unión internacional que actúa sobre los proletarios de los distintos países cultos y el hecho de que pierda toda significación en sus filas la tendencia hacia el aislamiento nacional y hacia la lucha nacional.

El modo de producción capitalista, al hacer desheredados a los trabajadores, los ha libertado de la tierra ; ya no tienen hogar sólido, ni tampoco patria firme. Igual que el comerciante, aceptan también la norma : *ubi bene, ibi patria,* donde están las mejores condiciones de trabajo, allí es mi patria. Ya los oficiales artesanos habían comenzado a extender sus viajes a países extranjeros, y la consecuencia de ello fueron los comienzos de una organización internacional, de que ya hemos tratado. Mas ¡ qué son esos viajes en comparación con los que permite el moderno desarrollo del tráfico ! Y el oficial artesano viajaba con el propósito de regresar después a su patria ; el moderno proletario viaja con mujer e hijo, y se queda allí donde puede

alcanzar las mejores condiciones de trabajo. No es un turista, sino un nómada.

Igual que el proletario, también el comerciante, al menos el del comercio mundial, pretende hacerse independiente de la tierra y quedarse allí donde cree tener mejor garantizados los intereses de su negocio. Pero no pierde la relación con su patria. Pues su consideración en el extranjero, su posición, la posibilidad de negociar sin obstáculo y perjudicar a sus colegas extranjeros, depende en gran parte de la significación y fuerza del Estado a que pertenece. El comerciante en el extranjero permanece, pues, sintiéndose nacional; por regla general, estos señores son los lacayos más chauvinistas; perciben del modo más inmediato lo que significa para su bolsillo la grandeza de su patria.

Distinto es con el proletario. En su patria no es mimado por la protección oficial de sus intereses; tampoco necesita, por regla general, en el extranjero, al menos en los países cultos, de la protección de su patria. Al contrario, cuando busca un país extranjero lo hace casi siempre porque sus leyes y administración pública son más favorables al trabajador que las de su patria. Y sus nuevos compañeros de trabajo no tienen interés ninguno en robarle la protección legal en el caso de que necesite de ella con apremio, sobre todo frente a su explotador. Su propio interés les pide, al contrario, cuidar de que su capacidad de resistencia frente a su explotador crezca.

El moderno proletario se desprende de su tierra de muy otra manera que el oficial artesano de la época gremial y el comerciante. Se hace un verdadero ciudadano del mundo; el mundo entero es su patria.

Naturalmente, esta ciudadanía universal trae consigo para los trabajadores de los países en que existe un nivel de vida más alto y mejores condiciones de trabajo, en aquellos que la inmigración supera a la emigración, múltiples desventajas, a veces peligros. Pues es innegable que estos trabajadores mejor situados encuentran un freno para su

lucha de clases en la competencia de los inmigrantes necesitados e incapaces de resistencia.

En ciertos casos, esta competencia puede llevar, igual que la competencia de capitalistas de distintas naciones, a la agudización de los contrastes nacionales, al odio nacional de los trabajadores indígenas contra los forasteros. Pero la lucha de nacionalidades, que es un fenómeno permanente en los círculos de la burguesía, puede tener en los de los proletarios sólo una naturaleza pasajera.

Pues tarde o temprano lograrán convencerse — si no por otros caminos, mediante amargas experiencias — de que la inmigración de fuerzas de trabajo más baratas desde lugares atrasados a otros, económicamente adelantados, está tan necesariamente ligada al sistema de producción capitalista como la introducción de las máquinas y la entrada de la mujer en la industria, y que les oprime igual que los dos últimos fenómenos.

Aún en otro modo perjudica también al movimiento obrero de un país adelantado el atraso de los trabajadores en países extraños : el grado de explotación en que éstos se encuentran es un buen pretexto, y poco a poco una verdadera razón, con la que los capitalistas del primer país pueden oponerse a los esfuerzos de sus trabajadores hacia la mejora de sus condiciones de trabajo, mediante la legislación o «libre» convenio.

De un modo o de otro, se les demostrará a los trabajadores que permanecen en el país cuán dependientes son los progresos de su lucha de clases respecto de los progresos de la clase trabajadora en los otros países. Si esto les llena de adversión pasajeramente contra los trabajadores extranjeros, abrirá vía por fin en ellos a la idea de que sólo hay un medio eficaz de suprimir la rémora del atraso del extranjero : suprimir el atraso mismo. Los obreros alemanes tienen toda clase de motivos para desear y, en lo posible, hacer que los obreros eslavos e italianos alcancen, en el extranjero como en su patria, salarios más elevados y jornada más reducida ; el mismo interés tienen los obreros

ingleses respecto de los alemanes y otros; los americanos respecto de los europeos.

La estrecha dependencia en que se encuentra la lucha de clases de un país respecto de la de otros lleva forzosamente a la unión de las capas proletarias luchadoras de los diferentes países.

Cada vez más desaparecen los restos de la separación nacional y del odio que el proletariado recibió de la burguesía; cada vez se liberta más de los prejuicios nacionales; cada vez más aprende el trabajador a reconocer y apreciar como camaradas, como compañeros de lucha, a los compañeros de trabajo extranjeros, cuyo lenguaje pudiera ser también el suyo.

La más íntima será naturalmente la solidaridad internacional entre aquellas capas del proletariado de las distintas naciones que se han impuesto los mismos fines y los persiguen con los mismos medios.

Los autores del *Manifiesto comunista* han reconocido de antemano que es indispensable la reunión internacional de las luchas de clases del proletariado si quieren exceder, en finalidad, fuerza y contorno, de un cierto volumen. Se dirigen a los proletarios de todos los países y cierran con esta intimación: «¡Uníos!» Y la organización que habían ganado para los principios del *Manifiesto* y en cuyo nombre se publicó, era internacional: la «liga de los comunistas».

Las consecuencias de la derrota de los movimientos revolucionarios de 1848 y 1849 pusieron fin a esta liga; pero con el nuevo despertar del movimiento obrero en los comienzos de los años sesenta resurgió también otra vez en la «Asociación internacional obrera» (fundada en 1864), cuya alma fué Marx. Tenía la misión no sólo de volver a despertar el sentimiento de solidaridad internacional en el proletariado de los distintos países, sino también de darle un fin común y encarrilarle por un camino común. La primera tarea la ha cumplido en medida abundante; en la segunda fracasó en parte. La Internacional debía consumar la

unión del proletariado luchador con el moderno socialismo en todos los países. Declaró que la emancipación de todas las clases trabajadoras sólo podía ser conquistada por ellas mismas; que el movimiento político era un simple medio auxiliar para este fin, y que la emancipación del proletariado es imposible en tanto subsista su dependencia respecto de los monopolizadores de los medios de producción, de las fuentes de la vida. Contra estos principios se levantó en la «Internacional» una oposición tanto más fuerte cuanto que su clara consecuencia es la Socialdemocracia. Todos los adscritos al utopismo burgués, pequeñoburgués y proletario primitivo, relativamente tan numerosos todavía antes de los años 30 y 40, así como los representantes del puro sindicalismo gremial de una aristocracia del trabajo, se desprendieron de la «Internacional» cuando notaron a dónde quería ir ésta. La caída de la Communa de París, 1871, y las persecuciones del Poder público en los distintos países del continente europeo dieron lugar a su ocaso.

Pero la conciencia de la solidaridad internacional que difundió no se dejó sofocar.

Desde entonces, las ideas del *Manifiesto comunista* han prendido en el proletariado luchador de toda Europa — y en distintas capas de proletarios fuera de Europa —; en todas partes se ha realizado ya la fusión de la lucha de clases con el socialismo moderno, o se encuentra en rápida realización. Los fundamentos, fines y medios de la lucha de clases proletaria son iguales, cada vez más, en todas partes. De aquí resultó una corriente cada vez más estrecha entre los movimientos socialistas obreros de los distintos países, la conciencia internacional era cada vez más poderosa y sólo hacía falta un impulso externo para prestar expresión visible a este hecho.

Esto tuvo lugar, como es sabido, con ocasión del centenario de la toma de la Bastilla en el Congreso internacional de París (1889). Los siguientes Congresos internacionales han dado oportunidad para fortalecer la unión del proletariado luchador, que además recibe cada año su ex-

presión externa en la fiesta de mayo. No son los varios pensadores y animadores, considerados como cosa singular por la multitud de sus compañeros de clase, quienes se reúnen en estos Congresos, como en los Congresos pacifistas de la burguesía, sino los representantes y portavoces de cientos de miles, de millones de hombres y mujeres trabajadores. Cada fiesta de mayo muestra de modo impresionante que las masas de la población laboriosa, conscientes de la solidaridad del proletariado en todos los centros de la vida política y económica de todos los países de la cultura moderna, son las que protestan contra la guerra y declaran que las llamadas contraposiciones nacionales no son ya, de hecho, contraposiciones de pueblos, sino sólo contraposiciones de sus explotadores.

Un tal puente sobre el abismo que separa a las naciones, una tal reunión internacional de las más amplias capas del pueblo no la ha presenciado hasta ahora la Historia universal. Este acontecimiento es tanto más grandioso cuanto que se ejecuta a la sombra de preparativos bélicos que por su parte ofrecen también un espectáculo inaudito en la Historia universal, de preparativos bélicos que oprimen indeciblemente a Europa.

A la vista de estos preparativos, la Socialdemocracia tiene duplicado el deber de decidirse a acentuar su punto de vista internacional. Esto se ha hecho de modo intenso en el Programa de Erfurt.

14. - La Socialdemocracia y la nación

La Socialdemocracia es desde un principio, en su esencia, un partido internacional. Pero al mismo tiempo tiene también la tendencia a hacerse un partido nacional, en el sentido de que no sea sólo representante de los asalariados industriales, sino de todas las capas trabajadoras y explotadas, es decir, de la gran mayoría de la población que ge-